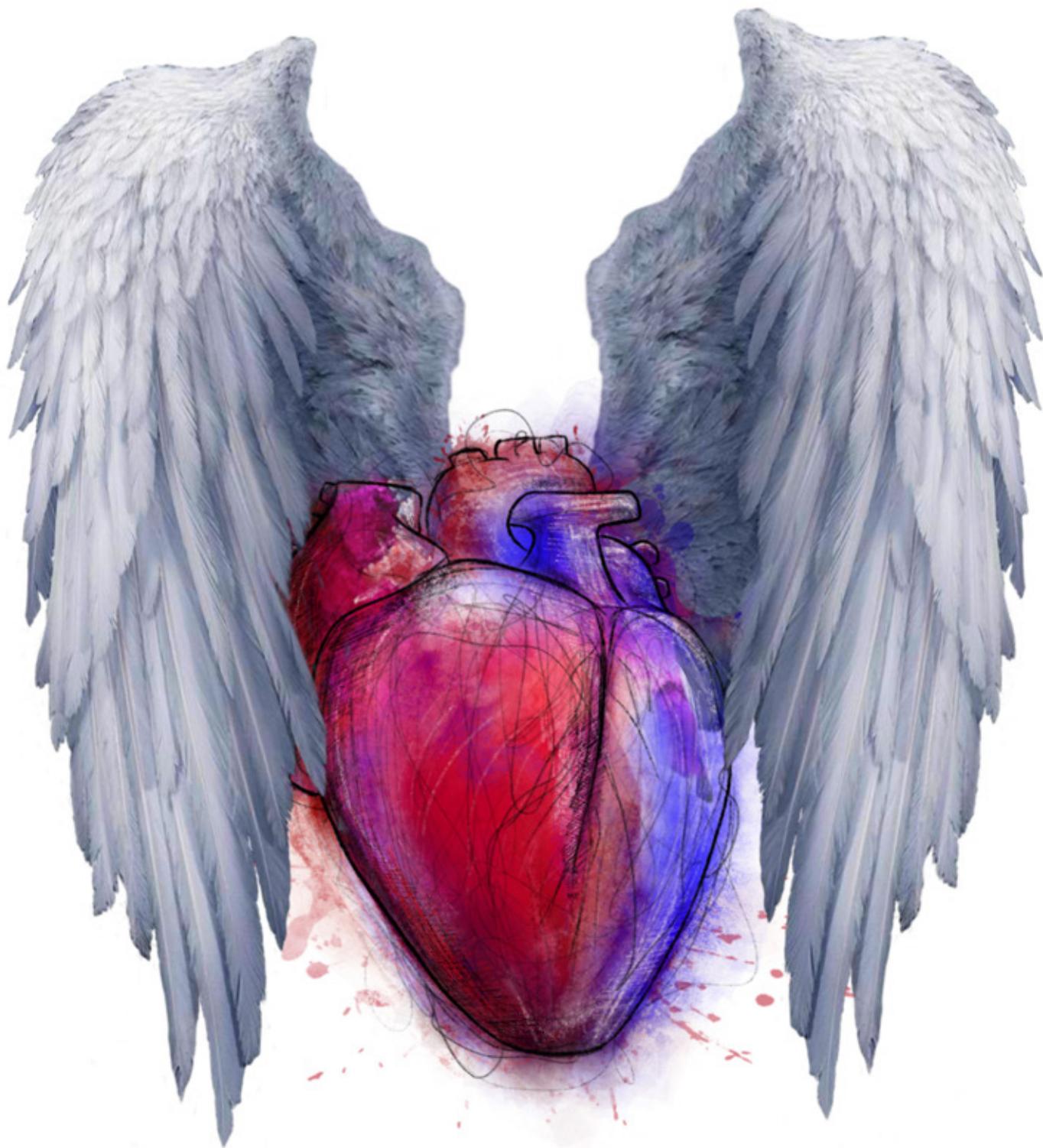


DON JUAN TENORIO



Guión

recursos

HAZ THINK FAIS
TEATRING
FES FAI EGIN

PERSONAJES

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

DON JUAN TENORIO

BUTTARELLI

MARCOS CIUTTI

DON LUÍS MEJÍA

DON DIEGO TENORIO

DON GONZALO DE ULLOA

EL CAPITÁN CENTELLAS

DOÑA ANA DE PANTOJA (OFF)

BRÍGIDA

DOÑA INÉS DE ULLOA

ESCULTOR

PARTE PRIMERA

ACTO PRIMERO. LIBERTINAJE Y ESCÁNDALO

ESCENA I

(Al abrirse la luz descubrimos una taberna, la hostería del Laurel, con tres mesas, una en el centro y una a cada lado. En la mesa central descubrimos a don Juan con antifaz, y que afanado escribe una carta.)

DON JUAN: ¡Cuál gritan esos malditos!
 Pero ¡mal rayo me parta
 si en concluyendo la carta
 no pagan caros sus gritos!

(Buttarelli, con un farolillo en la mano atravesará la escena y entregará una botella y dos vasos a don Juan, cuando acaba su discurso abandona la escena.)

BUTTARELLI: ¡Ah! Una historia
 me viene ahora a la memoria
 que os podrá dar...
 Oportuna
 luz sobre el caso
 tal vez.
 Hablaré, pues:
 No, no me engaño;
 esta noche cumple el año,
 lo había olvidado.
 ¡Pardiez!
 ¿Acabará con mi cuento?
 Disculpad, perdón; estaba
 recordando el hecho.
 Ya acabo,
 ¡vive Dios! que me impaciento.
 Pues es el caso, señores,
 que en esta misma hostería
 dos caballeros rivales
 con fortunas a raudales

se vieron como hoy un día.
Que apostaron me es notorio
a quién haría en un año,
con más fortuna, más daño,
Luis Mejía y Juan Tenorio.

(Cuando diga el nombre de este último pondrá la botella de vino en la mesa de don Juan y saldrá de escena, cruzándose con Ciutti, que entra en escena y se coloca en primer término.)

CIUTTI: ¡Chist! Que mi señor se impacienta pronto.
A su servicio estoy ya ha un año.
¿Que qué tal me sale?
No hay prior que se me iguale;
tengo cuanto quiero, y más.
Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.
Cuerpo de tal, ¡qué destino! *(Señalando a don Juan.)*
Y todo ello a costa ajena.
Rico es,
varea la plata.
Franco,
como un estudiante.
Noble,
como un infante.
Y bravo,
como un pirata.
¿Español?
Creo que sí.
¿Su nombre?
Lo ignoro en suma.
Para el tiempo en que se vive,
es un hombre extraordinario.
Pero calla.

DON JUAN: *(Cerrando la carta.)*

Firmo y plego.

¡Ciutti!

CIUTTI: Señor.

DON JUAN: Este pliego
irá, dentro del Orario
en que reza doña Inés,
a sus manos a parar.

CIUTTI: ¿Hay respuesta que aguardar?
 DON JUAN: Del diablo con guardapiés
 que la asiste, de su dueña,
 que mis intenciones sabe,
 recogerás una llave,
 una hora y una seña;
 y más ligero que el viento,
 aquí otra vez.
 CIUTTI: Bien está. **(Sale.)**

ESCENA II

(Entra en escena don Luis Mejía, don Gonzalo y don Diego, todos ellos con sendos antifaces. Don Luis se dirige a la mesa central de don Juan y los otros dos discretamente ocuparán las mesas laterales.)

DON JUAN: **(A don Luis.)**
 Esa silla está comprada,
 hidalgo.
 DON LUIS: Lo mismo digo,
 hidalgo; para un amigo
 tengo yo eso otra pagada.
 DON JUAN: Que ésta es mía haré notorio.
 DON LUIS: Y yo también que ésta es mía.
 DON JUAN: Luego sois don Luis Mejía.
 DON LUIS: Seréis, pues, don Juan Tenorio.
 DON JUAN: Puede ser.
 DON LUIS: Vos lo decís.
 DON JUAN: ¿No os fiáis?
 DON LUIS: No.
 DON JUAN: Yo tampoco.
 DON LUIS: Pues no hagamos más el coco.
 DON JUAN: Yo soy don Juan. **(Quitándose la máscara.)**
 DON LUIS: Yo don Luis. **(Se quita la máscara.)**

(Se descubren y se sientan. Hay gran revuelo en la hostería. Los dos caballeros dirigiéndose al público y al resto de las mesas.)

DON JUAN: ¡Caballeros!
 ¡Oh amigos! ¿Qué dicha es ésta?
 ¿Sabíais nuestra apuesta,

y habéis acudido a vernos?
DON LUIS: Don Juan y yo tal bondad
en mucho os agradecemos.
DON JUAN: El tiempo no malgastemos,
don Luis. Sillas arrimad.
DON LUIS: ¡Eh! ¿Y éstos dos no se llegan a escuchar? Vos.

(Por don Diego y don Gonzalo.)

DON DIEGO: Yo estoy bien.
DON LUIS: ¿Y vos?
DON GONZALO: De aquí oigo también.
DON LUIS: Razón tendrán si se niegan.
DON GONZALO: No cabe en mi corazón
que tal hombre pueda haber,
y no quiero cometer
con él una sinrazón.
No hay en la tierra interés
que si la daña me cuadre;
primero seré buen padre,
buen caballero después.
Enlace es de gran ventaja,
mas no quiero que Tenorio
del velo del desposorio
la recorte una mortaja.
DON DIEGO: ¡Que un hombre de mi linaje
descienda a tan ruin mansión!
Pero no hay humillación
a que un padre no se baje
por un hijo. Quiero ver
por mis ojos la verdad,
y el monstruo de liviandad
a quien pude dar el ser.
DON JUAN: ¿Estamos listos?
DON LUIS: Estamos.
DON JUAN: Como quien somos cumplimos.
DON LUIS: Veamos, pues, lo que hicimos.
DON JUAN: Bebamos antes.
DON LUIS: Bebamos.
DON JUAN: La apuesta fue...
DON LUIS: Porque un día
dije que en España entera
no habría nadie que hiciera

DON JUAN: lo que hiciera Luis Mejía.
Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: *“Nadie ha de hacer
lo que hará don Juan Tenorio”*.
¿No es así?

DON LUIS: Sin duda alguna;
y vinimos a apostar
quien de ambos sabría obrar
peor, con mejor fortuna,
en el término de un año;
juntándonos hoy
a probarlo.

DON JUAN: Hablad, pues.

DON LUIS: No, vos debéis empezar.

DON JUAN: Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues señor, yo desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
En Roma, a mi apuesta fiel,
fijé entre hostil y amatorio
en mi puerta este cartel:
*“Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.”*
Las romanas caprichosas,
las costumbres licenciosas,
yo gallardo y calavera,
¿quién a cuento redujera
mis empresas amorosas?
Nápoles, rico vergel
de amor, del placer emporio,
vio en mi segundo cartel:
*“Aquí está don Juan Tenorio,
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca,
no hay hembra a quien no suscriba;
y a cualquier empresa abarca
si en oro o valor estriba.”*
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó

Nápoles, no hay lance extraño,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por dondequiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
A quien quise provoqué,
Con quien quiso me batí,
Y nunca consideraré
Que pudo matarme a mí
Aquel a quien yo maté.
A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió,
y lo que él aquí escribió
mantenido está por él.

Don Luis:

Buscando yo como vos
a mi aliento empresas grandes,
dije: ¿Dó iré, ¡vive Dios!,
de amor y lides en pos,
que vaya mejor que a Flandes?
Y en Flandes conmigo di,
mas con tan negra fortuna
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobla a dobla, una por una.
En tan total carestía
mirándome de dineros,
de mí todo el mundo huía;
mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Todo cayó en poder nuestro:
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro;
reñimos, fui yo más diestro
y le crucé sin reparo.
Jurome al punto la gente

capitán, por más valiente.
Jureles yo amistad franca.
Pero a la noche siguiente
huí, y les dejé sin blanca.
Salté a Francia. ¡Buen país!
Y como en Nápoles vos
puse un cartel en París
diciendo: *“Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos.
Parará aquí algunos meses,
Y no trae más intereses
Ni se aviene a más empresas
Que adorar a las francesas
Y a reñir con los franceses”*
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
París, no hubo lance extraño
ni hubo escándalo ni daño
donde no me hallara yo.
Y cual vos, por donde fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
tres veces: mas se me antoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan,
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
A esto don Luis se arrojó,
y escrito en este papel
está lo que consiguió,
y lo que él aquí escribió
mantenido está por él.
Contad, don Juan.
Veinte y tres.
Son los muertos. A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

DON JUAN:

DON LUIS:

DON JUAN: Son los muertos.
DON LUIS: Matar es.
DON JUAN: Nueve os llevo.
DON LUIS: Me vencéis.
Pasemos a las conquistas.
DON JUAN: Sumo aquí cincuenta y seis.
DON LUIS: Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.
DON JUAN: Pues perdéis.
DON LUIS: ¡Es increíble, don Juan!
DON JUAN: Si lo dudáis, apuntados
los testigos ahí están,
que si fueren preguntados
os lo testificarán.
DON LUIS: ¡Oh! y vuestra lista es cabal.
DON JUAN: Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
¡Oh! ha recorrido mi amor
toda la escala social.
¿Tenéis algo que tachar?
DON LUIS: Sólo una os falta en justicia.
DON JUAN: ¿Me la podéis señalar?
DON LUIS: Sí, por cierto, una novicia
que esté para profesar.
DON JUAN: ¡Bah! pues yo os complaceré
doblemente, porque os digo
que a la novicia uniré
la dama de algún amigo
que para casarse esté.
DON LUIS: ¡Pardiez que sois atrevido!
DON JUAN: Yo os lo apuesto si queréis.
DON LUIS: Digo que acepto el partido.
¿Para darlo por perdido
queréis veinte días?
DON JUAN: Seis.
DON LUIS: ¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?
DON JUAN: Partid los días del año
entre las que ahí encontráis.
Uno para enamorarlas,
otro para conseguir las,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas,

y un hora para olvidarlas.
Pero, la verdad a hablaros,
pedir más no se me antoja
porque, pues vais a casaros,
mañana pienso quitaros
a doña Ana de Pantoja.

- DON LUIS:** Don Juan, ¿qué es lo que decís?
- DON JUAN:** Don Luis, lo que oído habéis.
- DON LUIS:** Ved, don Juan, lo que emprendéis.
- DON JUAN:** Lo que he de lograr, don Luis.
¿Estáis en lo dicho?
- DON JUAN:** Sí.
Pues va la vida.
- DON JUAN:** Pues va.
- DON GONZALO:** ¡Insensatos! ¡Vive Dios
que a no temblarme las manos
a palos, como a villanos,
os diera muerte a los dos!
- DON JUAN:** Veamos.
- DON GONZALO:** Excusado es,
que he vivido lo bastante
para no estar arrogante
donde no puedo.
- DON JUAN:** Idos, pues.
- DON GONZALO:** Antes, don Juan, de salir
de donde oírme podáis,
es necesario que oigáis
lo que os tengo que decir.
Vuestro buen padre don Diego,
porque pleitos acomoda,
os apalabró una boda
que iba a celebrarse luego;
pero por mí mismo yo
lo que erais queriendo ver,
vine aquí al anochecer,
y el veros me avergonzó.
- DON JUAN:** ¡Por Satanás, viejo insano,
que no sé cómo he tenido
calma para haberte oído
sin asentarte la mano!
Pero di pronto quién eres,
porque me siento capaz
de arrancarte el antifaz
con el alma que tuvieres.

DON GONZALO: ¡Don Juan!

DON JUAN: ¡Pronto!

DON GONZALO: Mira, pues.

DON JUAN: ¡Don Gonzalo!

DON GONZALO: El mismo soy.
Y adiós, Don Juan: mas desde hoy
no penséis en doña Inés.
Porque antes que consentir
en que se case con vos,
el sepulcro ¡juro a Dios!
por mi mano la he de abrir.

DON JUAN: Me hacéis reír, Don Gonzalo;
pues venirme a provocar
es como ir a amenazar
a un león con un mal palo.
Y pues hay tiempo, advertir
os quiero a mi vez a vos
que o me la dais, o por Dios
que a quitáros la he de ir.

DON GONZALO: ¡Miserable!

DON JUAN: Dicho está:
sólo una mujer como ésta
me falta para mi apuesta;
ved, pues, que apostada va.

DON DIEGO: No puedo más escucharte,
vil don Juan, porque recelo
que hay algún rayo en el cielo
preparado a aniquilarte.
¡Ah...! No pudiendo creer
lo que de ti me decían,
confiando en que mentían,
te vine esta noche a ver.
Pero te juro, malvado,
que me pesa haber venido
para salir convencido
de lo que es para ignorado.
Sigue, pues, con ciego afán
en tu torpe frenesí,
mas nunca vuelvas a mí;
no te conozco, don Juan.

DON JUAN: ¿Quién nunca a ti se volvió?
¿Ni quién osa hablarme así,
ni qué se me importa a mí
que me conozcas o no?

DON DIEGO: Adiós, pues: mas no te olvides
de que hay un Dios justiciero.

DON JUAN: Ten. (*Deteniéndole.*)

DON DIEGO: ¿Qué queréis?

DON JUAN: Verte quiero.

DON DIEGO: Nunca, en vano me lo pides.

DON JUAN: ¿Nunca?

DON DIEGO: No.

DON JUAN: Cuando me cuadre.

DON DIEGO: ¿Cómo?

DON JUAN: Así. (*Le arranca el antifaz.*)

TODOS: ¡Don Juan!

DON DIEGO: ¡Villano!
¡Me has puesto en la faz la mano!

DON JUAN: ¡Válgame Cristo, mi padre!

DON DIEGO: Mientes, no lo fui jamás.

DON JUAN: ¡Reportaos, con Belcebú!

DON DIEGO: No, los hijos como tú
son hijos de Satanás.
Comendador, nulo sea lo hablado.

DON GONZALO: Ya lo es por mí;
vamos.

DON DIEGO: Sí, vamos de aquí
donde tal monstruo no vea.
Don Juan, en brazos del vicio
desolado te abandono:
me matas... mas te perdono
de Dios en el santo juicio.
(Salen don Diego y don Gonzalo.)

DON JUAN: Largo el plazo me ponéis:
mas ved que os quiero advertir
que yo no os he ido a pedir
jamás que me perdonéis.
Conque no paséis afán
de aquí adelante por mí,
que como vivió hasta aquí
vivirá siempre don Juan.
¡Eh! Ya salimos del paso;
Y no hay que extrañar la homilía;
Son pláticas de familia
De las que nunca hice caso.
Conque lo dicho, don Luis,
van doña Ana y doña Inés
en puesta.

DON LUIS: Y el precio es
la vida.

DON JUAN: Vos lo decís:

Vamos.

DON LUIS: Vamos.

(Inician los dos el mutis.)

VOZ EN OFF: Alto allá.

¿Don Juan Tenorio?

DON JUAN: Yo soy.

VOZ EN OFF: Sed preso.

DON JUAN: ¿Soñando estoy?

¿Por qué?

VOZ EN OFF: Después lo verá.

DON LUIS: Tenorio, no lo extrañéis,
pues mirando a lo apostado,
mi paje os ha delatado
para que vos no ganéis.

DON JUAN: ¡Hola! Pues no os suponía
con tal despejo. ¡Pardiez!

DON LUIS: Id, pues; que por esta vez,
don Juan, la partida es mía.

DON JUAN: Vamos pues.

VOZ EN OFF: Ténganse allá.

¿Don Luis Mejía?

DON LUIS: Yo soy.

VOZ EN OFF: Sed preso.

DON LUIS: ¿Soñando estoy?

¡Yo preso!

DON JUAN: ***(Riendo.)***

Mejía, no lo extrañéis,
pues mirando a lo apostado,
mi paje os ha delatado
para que no me estorbéis.

DON LUIS: Satisfecho quedaré
aunque ambos muramos.

DON JUAN: Vamos:
conque, señores, quedamos
en que la apuesta está en pie.

AVELLANEDA: ¡Parece un juego ilusorio!

CENTELLAS: ¡Sin verlo no lo creería!

AVELLANEDA: Pues yo apuesto por Mejía.

CENTELLAS: Y yo pongo por Tenorio.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO. DESTREZA

ESCENA I.

(Exterior de noche en la calle, delante de la casa de doña Ana.)

DON LUIS: Ya estoy frente de la casa de doña Ana, y es preciso que esta noche tenga aviso de lo que en Sevilla pasa. Pues suelto estáis ya, don Luis; y pues que tanto os acucia el mal de celos, su astucia con la astucia prevenís. Esta noche hora menguada para mí... y no sé qué vago presentimiento, qué estrago teme mi alma acongojada. ¡Por Dios que nunca pensé que a doña Ana amara así, ni por ninguna sentí lo que por ella...! ¡Oh! Y a fe que de don Juan me amedrenta no el valor, mas la ventura. Parece que le asegura Satanás en cuanto intenta. Y aunque me tenga por necio, quiero entrar: que con don Juan las precauciones no están para vistas con desprecio. *(Llama a la ventana.)*

ESCENA II

(Mismo lugar.)

DOÑA ANA: ¿Quién va?
DON LUIS: El que os ama.
DOÑA ANA: ¡Don Luis!
DON LUIS: ¡Doña Ana!

DOÑA ANA: ¿Por la ventana
llamas ahora?

DON LUIS: ¡Ay, doña Ana,
cuán a buen tiempo salís!

DOÑA ANA: Pues ¿qué hay, Mejía?

DON LUIS: Un empeño
por tu beldad con un hombre
que temo.

DOÑA ANA: ¿Y qué hay que te asombre
en él, cuando eres tú el dueño
de mi corazón?

DON LUIS: Doña Ana,
no lo puedes comprender
de ese hombre sin conocer
nombre y suerte.

DOÑA ANA: ¡Bah! Duerme, don Luis, en paz,
que su audacia y su prudencia
nada lograrán de mí,
que tengo cifrada en ti
la gloria de mi existencia.

DON LUIS: Pues bien, Ana, de ese amor
que me aseguras en nombre,
para no temer a ese hombre
voy a pedirte un favor.

DOÑA ANA: Di; mas bajo, por si escucha
tal vez alguno.

DON LUIS: Oye, pues.

ESCENA III

(Aparecen por la izquierda don Juan y Ciutti.)

CIUTTI: Señor, por mi vida, que es
vuestra suerte buena y mucha.

DON JUAN: Ciutti, nadie como yo:
ya viste cuán fácilmente
el buen alcaide prudente
se avino y suelta me dio.
Mas no hay ya en ello que hablar:
¿mis encargos has cumplido?

CIUTTI: Todos los he concluido
mejor que pude esperar. (*Le da una llave.*)

DON JUAN: ¿La beata...?

CIUTTI: Esta es la llave
de la puerta del jardín,
que habrá que escalar al fin
vuesarced, como ya sabe,
las tapias de este convento
no tienen entrada alguna.

DON JUAN: ¿Y los caballos?

CIUTTI: Con silla
y freno los tengo ya.

DON JUAN: ¿Y la gente?

CIUTTI: Cerca está.

DON JUAN: Bien, Ciutti; mientras Sevilla
tranquila en sueño reposa
creyéndome encarcelado,
otros dos nombres añadido
a mi lista numerosa.
¡Ja!, ¡ja!

CIUTTI: Señor.

DON JUAN: ¿Qué?

CIUTTI: Callad.

DON JUAN: ¿Qué hay, Ciutti?

CIUTTI: Al doblar la esquina,
en esa reja vecina
he visto un hombre.

DON JUAN: Es verdad,
Don Luis.

CIUTTI: Imposible.

DON JUAN: ¡Toma!
¿No estoy yo aquí?

CIUTTI: Diferencia
va de él a vos.

DON JUAN: Evidencia
lo creo Ciutti; allí asoma
tras de la reja una dama.

CIUTTI: Una criada tal vez.

DON JUAN: Preciso es verlo, ¡pardiez!,
no perdamos lance y fama.
Mira, Ciutti: a fuerza de ronda,
tú con varios de los míos
por esa calle escurríos
dando vuelta a la redonda
a la casa.

CIUTTI: Y en tal caso
cerrará ella.

DON JUAN: Pues con eso,
ella ignorante y él preso,
nos dejarán franco el paso.

CIUTTI: Decís bien.

DON JUAN: Corre y atájale,
que en ello el vencer consiste.

CIUTTI: ¿Mas si el truhán se resiste?

DON JUAN: Entonces de un tajo, rájale. **(Sale Ciutti.)**

ESCENA IV

DON LUIS: ¿Me das, pues, tu asentimiento?

DOÑA ANA: Consiento.

DON LUIS: ¿Compláceme de ese modo?

DOÑA ANA: En todo.

DON LUIS: Pues te velaré hasta el día.

DOÑA ANA: Sí, Mejía.

DON LUIS: Páguete el cielo, Ana mía,
satisfacción tan entera.

DOÑA ANA: Porque me juzgues sincera,
consiento en todo, Mejía.

DON LUIS: Volveré, pues, otra vez.

DOÑA ANA: Sí, a las diez.

DON LUIS: ¿Me aguardarás, Ana?

DOÑA ANA: Sí.

DON LUIS: Aquí.

DOÑA ANA: ¿Y tú estarás puntual, ¿eh?

DON LUIS: Estaré.

DOÑA ANA: La llave, pues, te daré.

DON LUIS: Y dentro yo de tu casa,
venga Tenorio.

DOÑA ANA: Alguien pasa.
A las diez. **(Sale.)**

DON LUIS: Aquí estaré.

ESCENA V

(Mismo lugar.)

DON LUIS: Mas se acercan. ¿Quién va allá?
DON JUAN: Quien va.
DON LUIS: De quien va así ¿qué se infiere?
DON JUAN: Que quiere.
DON LUIS: ¿Ver si la lengua le arranco?
DON JUAN: El paso franco.
DON LUIS: Guardado está.
DON JUAN: ¿Y soy yo manco?
DON LUIS: Pidiéraislo en cortesía.
DON JUAN: ¿Y a quién?
DON LUIS: A don Luis Mejía.
DON JUAN: Quien va quiere el paso franco.
DON LUIS: ¿Conocéisme?
DON JUAN: Sí.
DON LUIS: ¿Y yo a vos?
DON JUAN: Los dos.
DON LUIS: ¿Y en qué estriba el estorballe?
DON JUAN: En la calle.
DON LUIS: ¿De ella los dos por ser amos?
DON JUAN: Estamos.
DON LUIS: Dos hay no más que podamos
necesitarla a la vez.
DON JUAN: Lo sé.
DON LUIS: ¡Sois don Juan!
DON JUAN: ¡Pardiez!
 Los dos ya en la calle estamos.
DON LUIS: ¿No os prendieron?
DON JUAN: Como a vos.
DON LUIS: ¡Vive Dios!
 ¿Y huisteis?
DON JUAN: Os imité:
 ¿y qué?
DON LUIS: Que perderéis.
DON JUAN: No sabemos.
DON LUIS: Lo veremos.
DON JUAN: La dama entrambos tenemos
sitiada y estáis cogido.
DON LUIS: Tiempo hay.
DON JUAN: Para vos perdido.

DON LUIS: ¡Vive Dios que lo veremos!

(Don Luis desenvaina su espada, mas Ciutti, que ha bajado cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)

DON JUAN: Señor don Luis, vedlo, pues.

DON LUIS: Traición es.

DON JUAN: La boca... *(A Ciutti, que se la tapa a don Luis.)*

DON LUIS: ¡Oh!

DON JUAN: Sujeto atrás:

más.

La empresa es, señor Mejía,
como mía.

Enciérramelo hasta el día. *(A Ciutti.)*

La apuesta está ya en mi mano. *(A don Luis.)*

Adiós, don Luis: si os la gano,

traición es; mas como mía. *(Salen Ciutti y don Luis.)*

ESCENA VI

DON JUAN: Buen lance, ¡viven los cielos!

Estos son los que dan fama:

mientras le soplo la dama,

él se arrancará los pelos.

Mas por allí un bulto negro

(Entra Brígida.)

se aproxima..., y a mi ver

es el bulto una mujer.

¿Otra aventura? Me alegro.

BRÍGIDA: ¿Caballero?

DON JUAN: ¿Quién va allá?

BRÍGIDA: ¿Sois don Juan?

DON JUAN: ¡Por vida de...!

¡Si es la beata! ¡Y a fe

que os había olvidado ya!

Llegaos; don Juan soy yo.

BRÍGIDA: ¿Estáis solo?

DON JUAN: Con el diablo.

BRÍGIDA: ¡Jesucristo!

DON JUAN: Por vos lo hablo.

BRÍGIDA: ¿Soy yo el diablo?

DON JUAN: Creo lo.

- BRÍGIDA:** ¡Vaya! ¡Qué cosas tenéis!
Vos sí que sois un diablillo...
- DON JUAN:** Que te llenará el bolsillo
si le sirves.
- BRÍGIDA:** Lo veréis.
- DON JUAN:** Y Ciutti, ¿no os ha entregado
un bolsillo y un papel?
- BRÍGIDA:** Leyendo estará ahora en él
doña Inés.
- DON JUAN:** ¿La has preparado?
- BRÍGIDA:** Vaya; y os la he convencido
con tal maña y de manera
que irá como una cordera
tras vos.
- DON JUAN:** ¡Tan fácil te ha sido!
- BRÍGIDA:** ¡Bah! Pobre garza enjaulada,
dentro la jaula nacida,
¿qué sabe ella si hay más vida
ni más aire en que volar?
No cuenta la pobrecilla
diez y siete primaveras y,
aún virgen a las primeras
impresiones del amor,
nunca concibió la dicha
fuera de su pobre estancia,
tratada desde la infancia
con cauteloso rigor.
“Aquí está Dios”, la dijeron;
Y ella dijo: *“Aquí le adoro”*.
“Aquí está el claustro y el coro”.
Y pensó: *“No hay más allá”*.
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasó diez y siete abriles
Sin conocerlo quizá.
- DON JUAN:** ¿Y está hermosa?
- BRÍGIDA:** ¡Oh! Como un ángel.
- DON JUAN:** ¿Y la has dicho...?
- BRÍGIDA:** Figuraos
si habré metido mal caos
en su cabeza, don Juan.
La dije que erais el hombre
por su padre destinado
para suyo; os he pintado
muerto por ella de amor,

desesperado por ella,
y por ella perseguido,
por ella decidido
a perder vida y honor.
En fin, mis dulces palabras,
al posarse en sus oídos,
sus deseos mal dormidos
arrastraron de sí en pos;
y allá dentro de su pecho
han inflamado una llama
de fuerza tal, que ya os ama
y no piensa más que en vos.

DON JUAN: Tan incentiva pintura
los sentidos me enajena,
y el alma ardiente me llena
de su insensata pasión.
Empezó por una apuesta,
siguió por un devaneo,
engendró luego un deseo,
y hoy me quema el corazón.
Poco es el centro de un claustro;
¡Al mismo infierno bajara,
y a estocadas la arrancara
de los brazos de Satán!

BRÍGIDA: Os estoy oyendo,
y me hacéis perder el tino;
yo os creía un libertino
sin alma y sin corazón.

DON JUAN: ¡Calla!, ¿a qué hora se recogen
las madres?

BRÍGIDA: Ya recogidas
estarán. ¿Vos prevenidas
todas las cosas tenéis?

DON JUAN: Todas.

BRÍGIDA: Pues luego que doblen
a las ánimas, con tiento
saltando al huerto, al convento
fácilmente entrar podéis
con la llave que os he enviado:
de un claustro oscuro y estrecho
es, seguidle bien derecho,
y daréis con poco afán
en nuestra celda.

DON JUAN: Y si acierto
a robar tan gran tesoro,

te he de hacer pesar en oro.
BRÍGIDA: Por mí no queda, don Juan. *(Sale.)*
DON JUAN: Con oro nada hay que falle.
ya queda claro mi intento:
a las nueve en el convento,
a las diez en esta calle. *(Se van.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO. PROFANACIÓN

ESCENA I.

(Habitación del convento de doña Inés.)

DOÑA INÉS: Os eché de menos... tanto...
BRÍGIDA: Voy a cerrar esta puerta.
DOÑA INÉS: Hay orden de que esté abierta.
BRÍGIDA: Eso es muy bueno y muy santo
para las otras novicias
que han de consagrarse a Dios,
no, doña Inés, para vos.
DOÑA INÉS: Brígida, ¿no ves que vicias
las reglas del monasterio
que no permiten...?
BRÍGIDA: ¡Bah!, ¡bah!
Más seguro así se está,
y así se habla sin misterio
ni estorbos. ¿Habéis mirado
el libro que os he traído?
DOÑA INÉS: ¡Ay!, se me había olvidado.
BRÍGIDA: ¡Pues me hace gracia el olvido!
DOÑA INÉS: ¡Como la madre abadesa
se entró aquí inmediatamente!
BRÍGIDA: ¡Vieja más impertinente!
DOÑA INÉS: ¿Pues tanto el libro interesa?

BRÍGIDA: ¡Vaya si interesa! Mucho.
¡Pues quedó con poco afán
el infeliz!

DOÑA INÉS: ¿Quién?

BRÍGIDA: Don Juan.

DOÑA INÉS: ¡Válgame el cielo!
¡Qué escucho!
Es don Juan quien me le envía.

BRÍGIDA: Por supuesto.

DOÑA INÉS: ¡Oh! Yo no debo
tomarle.

BRÍGIDA: ¡Pobre mancebo!
Desairarle así, sería
matarle.

DOÑA INÉS: ¿Qué estás diciendo?

BRÍGIDA: Si ese Orario no tomáis,
tal pesadumbre le dais.
que va a enfermar: lo estoy viendo.

DOÑA INÉS: ¡Ah! No, no; de esa manera
le tomaré.

BRÍGIDA: Bien haréis.

DOÑA INÉS: ¡Y qué bonito es!

BRÍGIDA: Ya veis;
quien quiere agradar se esmera.

(Abre el libro doña Inés, y cae una carta de entre sus hojas.)

DOÑA INÉS: Mas ¿qué cayó?

BRÍGIDA: Un papelito.

DOÑA INÉS: ¡Una carta!

BRÍGIDA: Claro está;
en esa carta os vendrá
ofreciendo el regalito.

DOÑA INÉS: ¡Qué! ¿Será suyo el papel?

BRÍGIDA: ¡Vaya, que sois inocente!
Pues que os feria, es consiguiente
que la carta será de él.

DOÑA INÉS: ¡Ay, Jesús!

BRÍGIDA: ¿Qué es lo que os da?

DOÑA INÉS: Nada, Brígida, no es nada.

BRÍGIDA: No, no; si estáis inmutada.
(Aparte.)
Ya presa de la red está.
¿Se os pasa?

- Estáis trémula.
- DOÑA INÉS:** En mi mente
siento que cruzan perdidas
mil sombras desconocidas
que me inquietan vagamente
Y desde que a don Juan vi,
Brígida mía, y su nombre
me dijiste, tengo a ese hombre
siempre delante de mí.
No sé qué fascinación
en mis sentidos ejerce,
que siempre hacia él se me tuerce
la mente y el corazón.
- BRÍGIDA:** ¡Válgame Dios! Doña Inés,
según lo vais explicando,
tentaciones me van dando
de creer que eso amor es.
- DOÑA INÉS:** ¡Amor has dicho!
- BRÍGIDA:** Sí, amor.
- DOÑA INÉS:** No, de ninguna manera.
- BRÍGIDA:** Pues por amor lo entendiera
el menos entendedor;
(Doña Inés se aparta y lee.)
- DOÑA INÉS:** *“Doña Inés del alma mía.”*
- BRÍGIDA:** ¡Virgen Santa, qué principio!
Viene en verso, será un ripio
que traerá la poesía.
Vamos, seguid adelante.
- DOÑA INÉS:** *“Luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad,
si os dignáis por estas letras
pasar vuestros lindos ojos,
no los tornéis con enojos
sin concluir, acabad.”*
- BRÍGIDA:** ¡Qué humildad y qué finura!
¿Dónde hay mayor rendimiento?
- DOÑA INÉS:** Brígida, no sé qué siento.
- BRÍGIDA:** Seguid, seguid la lectura.
- DOÑA INÉS:** *“Nuestros padres de consuno
nuestras bodas acordaron,
porque los cielos juntaron los
destinos de los dos.
Y halagado desde entonces*

*con tan risueña esperanza,
 mi alma, doña Inés, no alcanza
 otro porvenir que vos.
 De amor con ella en mi pecho
 Brotó una chispa ligera,
 Que han convertido en hoguera
 Tiempo y afición tenaz.
 Y esta llama, en mí mismo
 Se alimenta, inextinguible,
 Cada día más terrible
 Va creciendo y más voraz..
 En vano a apagarla
 Concurren tiempo y ausencia,
 Que doblando su violencia,
 No hoguera ya, volcán es;
 Y yo, que en medio del cráter
 Desamparado batallo,
 Suspendido en él me hallo
 Entre mi tumba y mi Inés.
 Si es que a través de esos muros
 el mundo apenas miras,
 y por el mundo suspiras,
 de libertad con afán,
 acuérdate que al pie mismo
 de esos muros que te guardan,
 para salvarte te aguardan
 los brazos de tu don Juan.
 Acuérdate de quien llora
 al pie de tu celosía,
 y allí le sorprende el día
 y le halla la noche allí;
 acuérdate de quien vive
 sólo por ti, ¡vida mía!,
 y que a tus pies volaría
 si le llamaras a ti".*

BRÍGIDA: ¿Lo veis? Vendría.
DOÑA INÉS: ¡Vendría!
BRÍGIDA: A postrarse a vuestros pies.
DOÑA INÉS: ¿Puede?
BRÍGIDA: ¡Oh, sí!
DOÑA INÉS: ¡Virgen María!
BRÍGIDA: Pero acabad, doña Inés.
DOÑA INÉS: "Adiós, ¡oh luz de mis ojos!
 Adiós, Inés de mi alma:

*medita, por Dios, en calma
 las palabras que aquí van;
 y si odias esa clausura,
 que ser tu sepulcro debe;
 manda, que a todo se atreve
 por tu hermosura don Juan.”*
 ¿Qué sentimientos dormidos
 son los que revela en mí?
 ¿Qué impulsos jamás sentidos?
 ¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?
(Se oyen dar las ánimas.)

DOÑA INÉS: ¿Qué...?
BRÍGIDA: ¡Silencio!
DOÑA INÉS: Me estremeces.
BRÍGIDA: ¿Oís, doña Inés, tocar?
DOÑA INÉS: Sí, lo mismo que otras veces
 las ánimas oigo dar.
BRÍGIDA: ¡Pues no habléis de él. ¡Cielo santo!
DOÑA INÉS: ¿De quién?
BRÍGIDA: ¿De quién ha de ser?
 De ese don Juan que amáis tanto,
 porque puede aparecer.
DOÑA INÉS: ¡Me amedrentas! ¿Puede ese hombre
 llegar hasta aquí?
BRÍGIDA: Quizá.
 Porque el eco de su nombre
 tal vez llega adonde está.
DOÑA INÉS: ¡Cielos! ¿Y podrá...?
BRÍGIDA: ¿Quién sabe?
DOÑA INÉS: ¿Es un espíritu, pues?
BRÍGIDA: No, mas si tiene una llave...
DOÑA INÉS: ¡Dios!
BRÍGIDA: Silencio, doña Inés:
 ¿No oís pasos?
DOÑA INÉS: ¡Ay! Ahora
 nada oigo.
BRÍGIDA: Las nueve dan.
 Suben... se acercan... Señora...
 Ya está aquí.
DOÑA INÉS: ¿Quién?
BRÍGIDA: Él.

(Entra don Juan.)

DOÑA INÉS: ¡Don Juan!

ESCENA II

DOÑA INÉS: ¡ Ay de mí...!

(Se desmaya doña Inés y don Juan la sostiene. La carta de don Juan queda en el suelo abandonada por doña Inés al desmayarse.)

BRÍGIDA: La ha fascinado
 vuestra repentina entrada,
 y el pavor la ha trastornado.

DON JUAN: Mejor: así nos ha ahorrado
 la mitad de la jornada. *(Salen los tres.)*

(Las siguientes intervenciones hasta la conclusión de la escena se producen con voces en off mientras se cambia el decorado.)

DON GONZALO: Perdonad, madre abadesa,
 que en hora tal os moleste;
 más para mí asunto es éste
 que honra y vida me interesa.

ABADESA: ¡Jesús!

DON GONZALO: En tiempo atrás se pensó
 con don Juan a mi hija casar,
 y hoy, que se la fui a negar,
 robármela me juró.

ABADESA: Sois padre, y es vuestro afán
 muy justo, Comendador;
 mas ved que ofende a mi honor.

DON GONZALO: ¡No sabéis quién es don Juan!
 O traición me ha hecho
 Mi memoria, o yo sé bien
 Que esta es hora de que estén
 Ambas a dos en su lecho.
 ¡Ay! Por qué tiemblo no sé.
 Mas, ¡qué veo, Santo Dios!
 Un papel... Me lo decía
 a voces mi mismo afán.

(Leyendo.)

“Doña Inés del alma mía...”

Y la firma de don Juan.
¡Inés! ¡Inés!... ¡Ay de mí!

ABADESA: ¿Dónde vais, Comendador?
DON GONZALO: ¡Señora! Tras de mi honor
que os roban a vos de aquí.

FINAL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO. EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL CIELO

ESCENA I

(Quinta de don Juan Tenorio cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir.)

(Entra Brígida.)

BRIGIDA: Y esa niña, ¿está
Reposando todavía?
¿Y a qué se ha de despertar?
Sí, es mejor que abra los ojos
en los brazos de don Juan.
¡Oh! ¡El lance ha sido extremado!
Pero al fin logrado está.
¡Salir así de un convento
en medio de una ciudad
como Sevilla!
Es empresa
tan sólo para hombre tal.
Mas, ¡qué diablos!, si a su lado
la fortuna siempre va.
A todo osado se arroja,
de todo se ve capaz.
“Allí hay un lance”, le dicen;

y él dice: “*Allá va don Juan*”.
 ¡Mas ya tarda, vive Dios!
 Las doce en la catedral
 han dado ha tiempo.
 Y de vuelta
 debía a las doce estar.
 ¡Chist! Ya siento a doña Inés.
 A hablarle voy, que don Juan
 encargó que sola yo
 debía con ella hablar.

ESCENA II

(Entra doña Inés.)

DOÑA INÉS: Dios mío, ¡cuánto he soñado!
 ¿Y dónde estamos?

BRÍGIDA: Mirad,
 mirad por este balcón,
 y alcanzaréis lo que va
 desde un convento de monjas
 a una quinta de don Juan.

DOÑA INÉS: ¿Es de don Juan esta quinta?

BRÍGIDA: Y creo que vuestra ya.

DOÑA INÉS: Pero no comprendo, Brígida,
 lo que dices.

BRÍGIDA: Escuchad.
 Estabais en el convento
 leyendo con mucho afán
 una carta de don Juan,
 cuando estalló en un momento
 un incendio formidable.

DOÑA INÉS: ¡Jesús!

BRÍGIDA: Espantoso, inmenso;
 el humo era ya tan denso
 que el aire se hizo palpable.
 Apenas ya respirar
 podíamos, y las llamas
 prendían ya en nuestras camas:
 nos íbamos a asfixiar
 cuando don Juan, que os adora
 que rondaba el convento,

al ver crecer con el viento
la llama devastadora,
con inaudito valor,
viendo que ibais a abrasaros,
se metió para salvaros
por donde pudo mejor.
Vos al verle así asaltar
la celda tan de improviso,
os desmayasteis..., preciso;
la cosa era de esperar.
Y él, cuando os vio caer así,
en sus brazos os tomó
y echó a huir; yo le seguí,
y del fuego nos sacó.
¿Dónde vamos a esta hora?
Vos seguíais desmayada,
yo estaba ya casi ahogada.
Dijo, pues: *“Hasta la aurora
en mi casa las tendré”*.

Y henos, doña Inés, aquí.

DOÑA INÉS: ¿Conque ésta es su casa?

BRÍGIDA: Sí.

DOÑA INÉS: Pues nada recuerdo, a fe.
Pero... ¡en su casa...!
¡Oh! Al punto
salgamos de ella..., yo tengo
la de mi padre.

BRÍGIDA: Convengo
con vos; pero es el asunto...

DOÑA INÉS: ¿Qué?

BRÍGIDA: Que no podemos ir.

DOÑA INÉS: Oír tal me maravilla.

BRÍGIDA: Nos aparta de Sevilla...

DOÑA INÉS: ¿Quién?

BRÍGIDA: Vedlo, el Guadalquivir.

DOÑA INÉS: ¿No estamos en la ciudad?

BRÍGIDA: A una legua nos hallamos de sus murallas.

DOÑA INÉS: ¡Oh! ¡Estamos
perdidas!

BRÍGIDA: ¿No sé en verdad
por qué?

DOÑA INÉS: Me estás confundiendo,
Brígida..., y no sé qué redes
son las que entre estas paredes

temo que me estás tendiendo.
Que la casa de don Juan
no es buen sitio para mí:
me lo está diciendo aquí
no sé qué escondido afán.
Ven, huyamos.

BRÍGIDA: Doña Inés,
la existencia os ha salvado.

DOÑA INÉS: Sí, pero me ha envenenado
el corazón.

BRÍGIDA: ¿Le amáis, pues?

DOÑA INÉS: No sé... Mas, por compasión,
huyamos pronto de ese hombre,
tras de cuyo solo nombre
se me escapa el corazón.
¡Ah! Tú me diste un papel
de manos de ese hombre escrito,
y algún encanto maldito
me diste encerrado en él.
Tú, Brígida, a todas horas
me venías de él a hablar,
haciéndome recordar
sus gracias fascinadoras.
Tú me dijiste que estaba
para mí destinado
por mi padre, y me has jurado
en su nombre que me amaba.
¿Que le amo, dices?... Pues bien,
si esto es amar, sí, le amo;
pero yo sé que me infamo
con esa pasión también.
Y si el débil corazón
se me va tras de don Juan
tirándome de él están
mi honor y mi obligación.
Vamos, pues; vamos de aquí
primero que ese hombre venga;
pues fuerza acaso no tenga
si le veo junto a mí.
Vamos, Brígida.

BRÍGIDA: Aquí están.

DON JUAN: Alumbra.

BRÍGIDA: ¡Nos busca!

DOÑA INÉS: Él es.

ESCENA III

(Entra don Juan.)

DON JUAN: ¿Adónde vais, doña Inés?

DOÑA INÉS: Dejadme salir, don Juan.

DON JUAN: ¿Que os deje salir?

BRÍGIDA: Señor,
sabiendo ya el accidente
del fuego, estará impaciente
por su hija el Comendador.

DON JUAN: ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado
por don Gonzalo, que ya
dormir tranquilo le hará
el mensaje que le he enviado.

DOÑA INÉS: ¿Le habéis dicho...?

DON JUAN: Que os hallabais
bajo mi amparo segura,
y el aura del campo pura
libre por fin respirabais.
¡Cálmate, pues, vida mía!
Reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.
¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?
Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando al día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?
Esa armonía que el viento
recoge entre esos millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento,
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor

de sus copas morador
 llamando al cercano día,
 ¿no es verdad, gacela mía,
 que están respirando amor?
 Y estas palabras que están
 filtrando insensiblemente
 tu corazón ya pendiente
 de los labios de don Juan,
 y cuyas ideas van
 inflamando en su interior
 un fuego germinador
 no encendido todavía,
 ¿no es verdad, estrella mía,
 que están respirando amor?
 Y esas dos líquidas perlas
 que se desprenden tranquilas
 de tus radiantes pupilas
 convidándome a beberlas,
 evaporarse, a no verlas,
 de sí mismas al calor;
 y ese encendido color
 que en tu semblante no había,
 ¿no es verdad, hermosa mía,
 que están respirando amor?
 ¡Oh! Sí, bellísima Inés
 espejo y luz de mis ojos;
 escucharme sin enojos,
 como lo haces, amor es:
 mira aquí a tus plantas, pues,
 todo el altivo rigor
 de este corazón traidor
 que rendirse no creía,
 adorando, vida mía,
 la esclavitud de tu amor.

DOÑA INÉS: Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!,
 que no podré resistir
 mucho tiempo sin morir
 tan nunca sentido afán.
 ¡Ah! Callad, por compasión,
 que oyéndoos me parece
 que mi cerebro enloquece
 y se arde mi corazón.
 ¡Ah! Me habéis dado a beber

un filtro infernal sin duda,
que a rendiros os ayuda
la virtud de la mujer.
Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto,
que a vos me atrae en secreto
como irresistible imán.
Tal vez Satán puso en vos
su vista fascinadora,
su palabra seductora
y el amor que negó Dios.
¿Y qué he de hacer, ay de mí,
sino caer en tus brazos,
si el corazón en pedazos
me vas robando de aquí?
No, don Juan, en poder mío
resistirte no está ya:
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.
¡Don Juan! ¡Don Juan!, yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
o arráncame el corazón,
o ámame porque te adoro.
¡Alma mía! Esa palabra
cambia de modo mi ser,
que alcanzo que puede hacer
hasta que el Edén se me abra.
No es, doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
Es Dios, que quiere por ti
ganarme para Él quizás.
Desecha, pues, tu inquietud,
bellísima doña Inés,
porque me siento a tus pies
capaz aún de la virtud.
Sí; iré mi orgullo a postrar
ante el buen Comendador,
y, o habrá de darme tu amor,
o me tendrá que matar.

DON JUAN:

CIUTTI: *(Desde dentro.)* ¡Don Juan! ¿Habéis escuchado...?
 DON JUAN: ¿Qué? Perdonad, Inés bella.
 CIUTTI: *(Desde dentro.)* Llega una barca y de ella.
 Un hombre embozado salta.
 DON JUAN: Ahora solo debo estar.
 DOÑA INÉS: ¿Tardarás?
 DON JUAN: Poco ha de ser.
 DOÑA INÉS: A mi padre hemos de ver.
 DON JUAN: Sí, en cuanto empiece a clarear. *(Sale Inés.)*

ESCENA IV

(Sale Inés, entra Ciutti.)

CIUTTI: Viene.
 DON JUAN: ¿Trae gente?
 CIUTTI: No más
 que los remeros del bote.
 DON JUAN: Que entre. Don Luis, quizás.
 ¡Jugamos a escote
 la vida...!

(Sale Ciutti conduciendo a don Luis, que, embozado hasta los ojos, espera que se queden solos. Don Juan hace una seña a Ciutti para que se retire. Lo hace.)

DON JUAN: Bien venido,
 caballero.
 DON LUIS: Bien hallado,
 señor mío.
 DON JUAN: Sin cuidado
 hablad.
 DON LUIS: Jamás lo he tenido.
 DON JUAN: Decid, pues: ¿a qué venís
 a esta hora y con tal afán?
 DON LUIS: Vengo a mataros, don Juan.
 DON JUAN: Según eso, sois don Luis.
 DON LUIS: Estáis puesto en la razón:
 la vida apostado habemos,
 y es fuerza que nos paguemos.
 DON JUAN: Soy de la misma opinión.
 Mas ved que os debo advertir

que sois vos quien la ha perdido.

DON LUIS: Pues por eso os la he traído;
mas no creo que morir
deba nunca un caballero,
que lleva en el cinto espada,
como una res destinada
por su dueño al matadero.

DON JUAN: Leal la apuesta os gané;
mas si tanto os ha escocido,
mirad si halláis conocido
remedio, y le aplicaré.

DON LUIS: Don Juan, mi puesto tomasteis
para triunfar de doña Ana,
no sois vos, don Juan, quien gana,
porque por otro jugasteis.

DON JUAN: Ardides del juego son.

DON LUIS: Pues no os los quiero pasar,
y por ellos a jugar
vamos ahora el corazón.
A reñir, que me impaciento.

DON JUAN: ¿Vos traéis una barquilla?
Pues que lleve a Sevilla
al que quede.

DON LUIS: Pues no perdamos momento.

ESCENA V

(Entra Ciutti.)

CIUTTI: Señor, el Comendador,
que llega con gente armada.

DON JUAN: Déjale franca la entrada,
pero a él solo.

CIUTTI: Mas, señor...

DON JUAN: Obedéceme.
(Sale Ciutti.)
Don Luis,
pues de mí os habéis fiado
como dejáis demostrado
cuando a mi casa venís,

no dudaré en suplicaros,
pues mi valor conocéis
que un instante me aguardéis.

DON LUIS: Yo nunca puse reparos
en valor que es tan notorio,
mas no me fío de vos.

DON JUAN: Ved que las partes son dos
de la apuesta con Tenorio,
y que ganadas están.

DON LUIS: ¿Lograsteis a un tiempo...?

DON JUAN: Sí:
la del convento está aquí;
y pues viene de don Juan
a reclamarla quien puede,
cuando me podéis matar
no debo asunto dejar
tras mí que pendiente quede.
Desde ahí ved y escuchad;
franca tenéis esa puerta.
Si veis mi conducta incierta,
como os acomode obrad.

DON LUIS: Me avengo. **(Se esconde.)**

DON GONZALO: **(Dentro.)** ¿Dónde está?

DON JUAN: Él es.

ESCENA VI

(Entra don Gonzalo.)

DON GONZALO: ¿Adónde está ese traidor?

DON JUAN: Aquí está Comendador.

DON GONZALO: ¿De rodillas?

DON JUAN: Y a tus pies.

DON GONZALO: Vil eres hasta en tus crímenes.

DON JUAN: Anciano, la lengua ten,
y escúchame un solo instante.

DON GONZALO: ¿Qué puede en tu lengua haber
que borre lo que tu mano
escribió en este papel?
¡Ir a sorprender, ¡infame!,

la cándida sencillez
de quien no pudo el veneno
de esas letras precaver!
¿Ese es el valor, Tenorio,
de que blasonas? ¿Esa es
la proverbial osadía
que te da al vulgo a temer?
¿Con viejos y con doncellas
la muestras...? Y ¿para qué?
¡Vive Dios! Para venir
sus plantas así a lamer,
mostrándote a un tiempo ajeno
de valor y de honradez.

DON JUAN:

¡Comendador!

DON GONZALO:

Miserable,
tú has robado a mi hija Inés
de su convento, y yo vengo
por tu vida o por mi bien.

DON JUAN:

Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,
ni he suplicado jamás
ni a mi padre ni a mi rey.
Y pues conservo a tus plantas
la postura en que me ves,
considera, Don Gonzalo,
que razón debo tener.

DON GONZALO:

Lo que tienes es pavor
de mi justicia.

DON JUAN:

¡Pardiez!
Óyeme, Comendador,
o tenerme no sabré
y seré quien siempre he sido,
no queriéndolo ahora ser.

DON GONZALO:

¡Vive Dios!

DON JUAN:

Comendador,
yo idolatro a doña Inés,
persuadido de que el cielo
me la quiso conceder
para enderezar mis pasos
por el sendero del bien.
No amé la hermosura en ella,
ni sus gracias adoré;
lo que adoro es la virtud,

don Gonzalo, en doña Inés.
Su amor me torna en otro hombre
regenerando mi ser,
que ella puede hacer un ángel
de quien un demonio fue.
Escucha, pues, don Gonzalo,
lo que te puede ofrecer.
Yo seré esclavo de tu hija,
en tu casa viviré,
tú gobernarás mi hacienda
diciéndome: esto ha de ser.
El tiempo que señalares
en reclusión estaré;
cuantas pruebas exigieres
de mi audacia o mi altivez,
del modo que me ordenares,
con sumisión te daré:
y cuando estime tu juicio
que la puedo merecer,
yo la daré un buen esposo
y ella me dará el Edén.

DON GONZALO: Don Juan, tú eres un cobarde
cuando en ocasión te ves.

DON JUAN: ¡Don Gonzalo!

DON GONZALO: Y me avergüenzo
de mirarte así a mis pies,
¡Ea! Entrégamela al punto
o, sin poderme valer,
en esa postura vil
el pecho te cruzaré.

DON JUAN: ¡Comendador, que me pierdes!

DON GONZALO: Mi hija.

DON JUAN: Considera bien
que por cuantos medios pude
te quise satisfacer...

ESCENA VII

(Sale don Luis.)

DON LUIS: Muy bien, don Juan.

DON JUAN: ¡Vive Dios!

DON GONZALO: ¿Quién es ese hombre?

DON LUIS: Un testigo
de su miedo, y un amigo,
Comendador, para vos.

DON JUAN: ¿Don Luis?

DON LUIS: La ira soberana
de Dios junta, como ves,
al padre de doña Inés
y al vengador de doña Ana,
mira el fin que aquí te espera
cuando a igual tiempo te alcanza,
aquí dentro su venganza
y la justicia allá fuera.

DON GONZALO: Sea; y cae a nuestros pies,
digno al menos de tu fama
que por tan bravo te aclama.

DON JUAN: Que venza el infierno, pues.
Ulloa, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio,
cuando Dios me llame a juicio
tú responderás por mí. **(Le da un pistoletazo.)**

DON GONZALO: ¡Asesino! **(Cae.)**

DON JUAN: Y tú, insensato,
que me llamas vil ladrón,
di en prueba de tu razón
que cara a cara te mato.
(Riñen, y le da una estocada.)

DON LUIS: ¡Jesús! **(Cae.)**

DON JUAN: Tarde tu fe ciega
acude al cielo, Mejía,
y no fue por culpa mía;
pero la justicia llega,
y a fe que ha de ver quién soy.

CIUTTI: ¿Don Juan?

DON JUAN: ¿Quién es?

CIUTTI: Por aquí;
salvaos.

DON JUAN: ¿Hay paso?

CIUTTI: Sí;
arrojaos.

DON JUAN: Allá voy.
Llamé al cielo y no me oyó,

y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.

(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua del río, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte.)

FIN DEL ACTO CUARTO

PARTE SEGUNDA

ACTO PRIMERO. LA SOMBRA DE DOÑA INÉS

ESCENA I

(Panteón de la familia Tenorio.)

ESCULTOR: Pues señor, es cosa hecha;
el alma del buen don Diego
puede, a mi ver, con sosiego
reposar muy satisfecha.
Y ya quisieran, ¡pardiez!,
todos los ricos que mueren
que su voluntad cumplieren
los vivos, como esta vez.
¡Ah, mármoles que mis manos
pulieron con tanto afán!
Mañana os contemplarán
los absortos sevillanos;
Mas yendo y viniendo días,
se hundirán unas tras otras,
mientras en pie estaréis vosotras,

póstumas memorias mías.
El que forma y ser os dio
va ya a perderos de vista;
velad mi gloria de artista,
pues viviréis más que yo.
Mas ¿quién llega?

ESCENA II

(Entra Don Juan.)

ESCULTOR: Caballero...

DON JUAN: Dios te guarde.

ESCULTOR: Perdonad,
mas ya es tarde, y...

DON JUAN: Aguardad
un instante, porque quiero ...
que me expliquéis..

ESCULTOR: ¿Por acaso
sois forastero?

DON JUAN: Años ha
que falto de España ya,
y me chocó el ver al paso.
Cuando a esas verjas llegué
que encontraba este recinto
enteramente distinto
de cuando yo lo dejé.

ESCULTOR: ¡Ya lo creo! Como que esto
era entonces un palacio,
y hoy es panteón el espacio
donde aquél estuvo puesto.

DON JUAN: ¡El palacio hecho panteón!

ESCULTOR: Tal fue de su antiguo dueño
la voluntad, y fue empeño
que dio al mundo admiración.

DON JUAN: ¡Y, por Dios, que es de admirar!

ESCULTOR: Es una famosa historia
a la cual debo mi gloria.

DON JUAN: ¿Me la podréis relatar?

ESCULTOR: Pues habitó esta ciudad
y este palacio heredado

un varón muy estimado
por su noble calidad.

DON JUAN: Don Diego Tenorio.

ESCULTOR: El mismo.

Tuvo un hijo este don Diego
peor mil veces que el fuego,
un aborto del abismo.
Quimerista, seductor
y jugador con ventura,
no hubo para él segura
vida, ni hacienda, ni honor.
Así le pinta la historia,
y si tal era, por cierto
que obró cuerdamente el muerto
para ganarse la gloria.

DON JUAN: Pues ¿cómo obró?

ESCULTOR: Dejó entera
su hacienda al que la empleara
en un panteón que asombrara
a la gente venidera.
Mas con condición que dijo
que se enterraran en él
los que a la mano cruel
sucumbieron de su hijo.
Y mirad en derredor
los sepulcros de los más
de ellos.

DON JUAN: ¿Y vos sois quizás el conserje?

ESCULTOR: El escultor.

DON JUAN: ¡Bien empleó sus riquezas
el difunto!

ESCULTOR: ¡Ya lo creo!
Miradle allí.

DON JUAN: Ya le veo.

ESCULTOR: ¿Le conocisteis?

DON JUAN: Sí.

ESCULTOR: Piezas
son todas muy parecidas
y a conciencia trabajadas.

DON JUAN: ¡Cierto que son extremadas!

ESCULTOR: ¿Os han sido conocidas...?

DON JUAN: ¡Hola! Aquí el Comendador
se representa muy bien.

ESCULTOR: Yo quise poner también
la estatua del matador...
¿También habéis conocido
a don Juan?

DON JUAN: Mucho.

ESCULTOR: Don Diego
le abandonó desde luego,
desheredándole.

DON JUAN: Ha sido
para don Juan poco daño
ése, porque la fortuna
va tras él desde la cuna.

ESCULTOR: Dicen que ha muerto.

DON JUAN: Es engaño:
vive.

ESCULTOR: Cuando vea el lugar
en que está ya convertido
el solar que suyo ha sido,
no osará en Sevilla estar.

DON JUAN: Antes ver tendrá a fortuna
en su casa reunidas
personas de él conocidas,
puesto que no odia a ninguna.

ESCULTOR: Pero ¿no tiene conciencia
ni alma ese hombre?

DON JUAN: Tal vez no,
que al cielo una vez llamó
con voces de penitencia,
y el cielo no respondió.
Podéis estar convencido
de que Dios no le ha querido.

ESCULTOR: Tal será.

DON JUAN: Así sucedió.
Mas, ¡cielos, qué es lo que veo!
es ilusión de mi vista,
o a doña Inés el artista
aquí representa, creo.

ESCULTOR: Sin duda.

DON JUAN: ¿También murió?

ESCULTOR: Dicen que de sentimiento
cuando de nuevo al convento
abandonada volvió
por don Juan.

DON JUAN: ¿Y yace aquí?

ESCUPTOR: Sí.

DON JUAN: ¿La visteis muerta vos?

ESCUPTOR: Sí.

DON JUAN: ¿Cómo estaba?

ESCUPTOR: ¡Por Dios
que dormida la creí!

DON JUAN: ¡Cuán bella y cuán parecida
su efigie en el mármol es!
¡Quién pudiera, doña Inés,
volver a darte la vida!
¿Es obra del cincel vuestro?

ESCUPTOR: Como todas las demás.

DON JUAN: Pues bien merece algo más
un retrato tan maestro.
Tomad.

ESCUPTOR: ¿Qué me dais aquí?

DON JUAN: ¿No lo veis?

ESCUPTOR: Mas... caballero...
¿por qué razón...?

DON JUAN: Porque quiero
yo que os acordéis de mí.

ESCUPTOR: Mirad que están bien pagadas.

DON JUAN: Así lo estarán mejor.

ESCUPTOR: Pues vamos de aquí, señor,
que aun las llaves entregadas
no están, y al salir la aurora
tengo que partir de aquí.

DON JUAN: Entregádmelas a mí,
y marchaos desde ahora.

ESCUPTOR: ¿A vos?

DON JUAN: ¡Viven los cielos!
Dejad a don Juan Tenorio
velar el lecho mortuorio
en que duermen sus abuelos.

ESCUPTOR: Tomad.
No quiero la piel
dejar aquí entre sus manos.
Ahora que los sevillanos
se las compongan con él. *(Sale el escultor.)*

ESCENA III

(Mismo lugar.)

DON JUAN: No os podéis quejar de mí,
vosotros a quien maté;
si buena vida os quité,
buena sepultura os di.

(Se dirige a la estatua de doña Inés, hablándole con respeto.)

¡Mármol en quien doña Inés
en cuerpo sin alma existe,
deja que el alma de un triste
llore un momento a tus pies!
En ti nada más pensó
desde que se fue de ti;
y desde que huyó de aquí,
sólo en volver meditó.
Don Juan tan sólo esperó
de doña Inés su ventura,
y hoy que en pos de su hermosura
vuelve el infeliz don Juan,
mira cuál será su afán
al dar con tu sepultura.
Inocente doña Inés,
cuya hermosa juventud
encerró en el ataúd
quien llorando está a tus pies;
si puedes ver la amargura
de quien te amó con afán,
prepara un lado a don Juan
en tu misma sepultura.

(La estatua de doña Inés cobra vida.)

Mas... ¡cielos!
¡El pedestal
no mantiene su escultura!
¿Qué es esto? Aquella figura
¿fue creación de mi afán?

ESCENA IV

(La figura de doña Inés cobra vida.)

- DOÑA INÉS:** Yo soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.
- DON JUAN:** ¿Conque vives?
- DOÑA INÉS:** Para ti;
mas tengo mi purgatorio
en ese mármol mortuorio
que labraron para mí.
Yo a Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura;
y Dios vio la ternura
con que te amaba mi afán,
y dijo: *“Espera a don Juan
en tu misma sepultura.”*
Y pues quieres ser tan fiel
a un amor de Satanás,
con don Juan te salvarás,
o te perderás con él.
Por él vela; mas si cruel
te desprecia tu ternura,
y en su torpeza y locura
sigue con bárbaro afán,
llévese tu alma don Juan
de tu misma sepultura.
- DON JUAN:** *(Fascinado.)* ¡Yo estoy soñando quizás
con las sombras de un Edén!
- DOÑA INÉS:** No; y ve que si piensas bien
a tu lado me tendrás;
Medita pues con cordura
que es esta noche, don Juan,
el espacio que nos dan
para buscar sepultura.

(Desaparece doña Inés. Don Juan queda atónito.)

ESCENA V

DON JUAN: ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
 ¡Hasta los muertos así
 dejan sus tumbas por mí!
 Mas sombra, delirio fue.
 Yo en mi mente le forjé;
 la imaginación le dio
 la forma en que se mostró,
 y ciego vine a creer
 en la realidad de un ser
 que mi mente fabricó.
 ¡Pasad, vanos devaneos
 de un amor muerto al nacer;
 no me volváis a traer
 entre vuestro torbellino
 ese fantasma divino
 que recuerda una mujer!
 Pero don Juan no ,se arredra:
 ¡alzaos, fantasmas vanos,
 y os volveré con mis manos
 a vuestros lechos de piedra!
 Yo soy vuestro matador
 como al mundo es bien notorio;
 si en vuestro alcázar mortuorio
 me aprestáis venganza fiera,
 daos prisa: aquí os espera
 otra vez don Juan Tenorio.

ESCENA VI

(Entra Centellas.)

CENTELLAS: *(Dentro.)* ¿Don Juan Tenorio?
DON JUAN: *(Volviendo en sí.)* ¿Qué es eso?
 ¿Quién me repite mi nombre?
CENTELLAS: ¿Veo a alguien?
 Sí, allí hay un hombre.
DON JUAN: ¿Quién va?
CENTELLAS: Él es.

Yo pierdo el seso
con la alegría. ¡Don Juan!
¡Señor Tenorio!

DON JUAN: ¡Apartaos,
vanas sombras!

CENTELLAS: Reportaos,
señor don Juan... El que está
en vuestra presencia ahora
no es sombra, si no don,
y hombre cuyo corazón
vuestra amistad atesora.
Mas ¿qué tenéis? ¡Por mi vida
que os tiembla el brazo, y está
vuestra faz descolorida!

DON JUAN: La luna tal vez lo hará.

CENTELLAS: Mas, don Juan, ¿qué hacéis aquí?
¿Este sitio conocéis?

DON JUAN: ¿No es un panteón?

CENTELLAS: ¿Y sabéis
a quién pertenece?

DON JUAN: A mí:
mirad a mi alrededor
y no veréis más que amigos
de mi niñez o testigos
de mi audacia y mi valor.

CENTELLAS: Pero os oí hablar:
¿con quién estabais?

DON JUAN: Con ellos.

CENTELLAS: ¿Venís aun a escarnecellos?

DON JUAN: No, los vengo a visitar.
Mas un vértigo insensato
que la mente me asaltó
un momento me turbó,
y a fe que me dio mal rato.
Esos fantasmas de piedra
me amenazaban tan fieros,
que a mí acercado a no haberos
pronto...

CENTELLAS: *(Ríe.)* ¿Os arredra,
don Juan, como a los villanos,
el temor de los difuntos?

DON JUAN: No, a fe; contra todos juntos
tengo aliento y tengo manos.

Si volvieran a salir
de las tumbas en que están,
a las manos de don Juan
volverían a morir.
Y desde aquí en adelante
sabed, señor Capitán,
que yo soy siempre don Juan,
y no hay cosa que me espante.
Un vapor calenturiento
un punto me fascinó,
Centellas, mas ya pasó:
cualquiera duda un momento.

CENTELLAS:

Es verdad.

DON JUAN:

Vamos de aquí.

CENTELLAS:

Vamos, y me contaréis
cómo a Sevilla volvéis
tercera vez.

DON JUAN:

Lo haré así,
si mi historia os interesa:
y a fe que oírse merece,
aunque mejor me parece
que la oigáis de sobremesa.
¿No opináis...?

CENTELLAS:

¿Y no hay tapada
a quien algún plantón demos?

DON JUAN:

Los dos solos cenaremos.
Digo, si de esta jornada
no quiere igualmente ser
alguno de éstos.

(Señalando a las estatuas de los sepulcros.)

CENTELLAS:

Don Juan,
dejad tranquilos yacer
a los que con Dios están.

DON JUAN:

¡Hola! ¿Parece que vos
sois ahora el que teméis
y mala cara ponéis
a los muertos? Mas, ¡por Dios!
Por mí, pues, no ha de quedar
y, a poder ser, estad cierto
que cenaréis con los muertos,
y os los voy a convidar.

CENTELLAS: No más quimeras, por favor.
DON JUAN: Tú eres el más ofendido;
mas, si quieres, te convido
a cenar, Comendador.
Y a fe que favor me harás,
pues podré saber de ti
si hay más mundo que el de aquí
y otra vida, en que jamás
a decir verdad creí.
CENTELLAS: Don Juan, eso no es valor;
locura, delirio es.
DON JUAN: Como lo juzguéis mejor;
yo cumplo así. Vamos, pues.
Lo dicho, Comendador.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO. LA ESTATUA DE DON GONZALO

ESCENA I

(Aposento de don Juan Tenorio. Centellas sentado a la mesa. Don Juan en primer término. A público.)

DON JUAN: Tal es mi historia, señores:
pagado de mi valor,
quiso el mismo Emperador
dispensarme sus favores.
Y heme aquí en Sevilla ya.
CENTELLAS: ¡Y con qué lujo y riqueza!
DON JUAN: Siempre vive con grandeza
quien hecho a grandeza está.
CENTELLAS: A vuestra vuelta.
DON JUAN: Bebamos.

- CENTELLAS:** Lo que no acierto a creer
es cómo, llegando ayer,
a establecido os hallamos.
- DON JUAN:** Fue el adquirirme; señores,
tal casa con tal boato,
porque se vendió a barato
para pago de acreedores.
Tal como está la compré.
Un necio que se arruinó
por una mujer, vendió.
- CENTELLAS:** Y de la mujer, ¿qué fue?
Entrar hubiera debido
en los muebles de la casa.
- DON JUAN:** Don Juan Tenorio no pasa
moneda que se ha perdido.
Casa y bodega he comprado
dos cosas que, no os asombre,
pueden bien hacer a un hombre
vivir siempre acompañado,
como lo puede mostrar
vuestra agradable presencia,
que espero que con frecuencia
me hagáis ambos disfrutar.
Pon vino al Comendador.
(Señalando el vaso del puesto vacío.)
- CENTELLAS:** Don Juan, ¿aún en eso piensa
vuestra locura?
- DON JUAN:** ¡Sí, a fe!
Que si él no puede venir,
de mí no podréis decir
que en ausencia no le honré.
- CENTELLAS:** Brindemos a su memoria,
y más en él no pensemos.
- DON JUAN:** Sea.
- CENTELLAS:** Brindemos.
A que Dios le dé su gloria.
- DON JUAN:** Mas yo, que no creo que haya
más gloria que ésta mortal
no hago mucho en brindis tal;
mas por complaceros, ¡vaya!

(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)

¿Quién va allá?
CIUTTI: Nadie responde.
CENTELLAS: Algún chusco.
 Algún menguado
 que al pasar habrá llamado
 sin mirar siquiera dónde.
DON JUAN: Pues cierra y sirve licor.

(Llaman otra vez, y se oye un poco más cerca.)

Mas ¿llamaron otra vez?
CIUTTI: Sí.
DON JUAN: Vuelve a mirar.
CIUTTI: ¡Pardiez!
 A nadie veo, señor.
DON JUAN: ¡Pues por Dios que del bromazo
 quien es no se ha de alabar!
 Ciutti, si vuelve a llamar,
 suéltale un pistoletazo.

(Llaman otra vez, y se oye un poco más cerca.)

¿Otra vez?
CIUTTI: ¡Cielos!
CENTELLAS: ¿Qué pasa?
CIUTTI: Que esa aldabada postrera
 ha sonado en la escalera,
 no en la puerta de la casa.
CENTELLAS: ¿Qué dices?
CIUTTI: Digo lo cierto
 nada más: dentro han llamado
 de la casa.
DON JUAN: ¿Qué os ha dado?
 ¿Pensáis ya que sea el muerto?
 Mis armas cargué con bala;
 Ciutti, sal a ver quién es.

(Vuelven a llamar más cerca.)

¿Oísteis?
CENTELLAS:
CIUTTI: Por San Ginés,
 ¡que eso ha sido en la antesala!
(Sale Ciutti.)

DON JUAN: ¡Ah! Ya lo entiendo; me habéis
 vos mismo dispuesto
 esta comedia, supuesto
 que lo del muerto sabéis.

Y mis llaves en manajo
habréis dado a la fantasma,
que entre así no me pasma;
mas no saldrá a vuestro antojo,
ni me han de impedir cenar
vuestras farsas desdichadas.

(Se levanta, y corre los cerrojos de las puertas del fondo volviendo a su lugar.)

Ya están las puertas cerradas:
ahora el coco, para entrar,
tendrá que echarlas al suelo,
y en el punto que lo intente
que con los muertos se cuente,
y apele después al cielo.

CENTELLAS: ¡Qué diablos, tenéis razón!

DON JUAN: ¿Pues no temblabais?

CENTELLAS: Confieso

que, en tanto que no di en eso,
tuve un poco de aprensión.

DON JUAN: ¿Declaráis, pues, vuestro enredo?

CENTELLAS: Por mi parte nada sé,
señor.

DON JUAN: Pues yo volveré
contra el inventor el miedo.
Cariñena,
sé que os gusta, Capitán,
como que somos paisanos.

CENTELLAS: Sí, a fe; bebamos.

DON JUAN: Bebamos.

(Llaman a la misma puerta de la escena.)

DON JUAN: Pesada me es ya tal broma,
mas veremos quién asoma
mientras en la mesa estamos.

(Llaman fuerte.)

Ríome del buen talante.

¡Señores! ¿A qué llamar?

Los muertos se han de filtrar

(La estatua de don Gonzalo pasa por la puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.)

por la pared; adelante.

ESCENA II

(Misma estancia, entra don Gonzalo.)

CENTELLAS: ¡Jesús! *(Cae desvanecido.)*

DON GONZALO: ¿Por qué te causa pavor
quien convidado a tu mesa
viene por ti?

DON JUAN: ¡Dios! ¿No es ésa
la voz del Comendador?

DON GONZALO: Siempre supuse que aquí
no me habías de esperar.

DON JUAN: Mientes, porque hice arrimar
esa silla para ti.
¡Eh! Alzad. *(A Centellas.)*

DON GONZALO: No pienses, no,
que se levante, don Juan
porque en sí no volverá
hasta que me ausente yo.
Al sacrílego convite
que me has hecho en el panteón,
para alumbrar tu razón,
Dios asistir me permite.
Que numerados están
los días que has de vivir,
y que tienes que morir
mañana mismo, don Juan.
Dios, en su santa clemencia,
te concede todavía,
don Juan, hasta el nuevo día
para ordenar tu conciencia.
Y su justicia infinita
por que conozcas mejor,
espero de tu valor
que me pagues la visita.

DON GONZALO: ¿Irás, don Juan?

DON JUAN: Iré, sí
Mas me quiero convencer
De lo vago de tu ser
Antes que salgas de aquí.

(Coge una pistola.)

ESTATUA: Tu necio orgullo delira,
Don Juan; los hierros más gruesos
Y los muros más espesos
Se abren a mi paso; mira. **(Sale don Gonzalo.)**

ESCENA III

(Misma estancia.)

DON JUAN: ¡Dios me da tan sólo un día...!
Si fuese Dios en verdad,
a más distancia pondría
su aviso y mi eternidad.
(Entra fantasma de doña Inés.)

DOÑA INÉS: Don Juan...

DON JUAN: ¡Cielos!

DOÑA INÉS: ...medita
lo que al buen Comendador
has oído, y ten valor
para acudir a su cita:
Un punto se necesita
para morir con ventura;
elígele con cordura
porque mañana, don Juan,
nuestros cuerpos dormirán
en la misma sepultura. **(Sale doña Inés.)**

DON JUAN: Tente, doña Inés, espera,
y si me amas en verdad,
hazme al fin la realidad
distinguir de la quimera.
Alguna más duradera
señal dame, que segura
me pruebe que no es locura
lo que imagina mi afán,
para que baje don Juan
tranquilo a la sepultura.

ESCENA IV

- DON JUAN:** ¡Oh! Tal vez todo esto ha sido por este de ahí preparado, y mientras se ha ejecutado, su privación ha fingido. Basta: alzaos de ahí.
- CENTELLAS:** ¿Qué pasa?
- DON JUAN:** Levantad.
- CENTELLAS:** ¿Adónde estamos?
- DON JUAN:** Caballero, claros vamos. Yo os he traído a mi casa y temo que a ella al venir, con artificio apostado, habéis sin duda pensado a costa mía reír; mas basta ya de ficción y concludid de una vez.
- CENTELLAS:** Yo no os entiendo. ¡Pardiez!
- ¿De qué habláis vos?
- DON JUAN:** En conclusión, ¿nada habéis visto ni oído?
- CENTELLAS:** ¿De qué?
- DON JUAN:** No finjáis ya más.
- CENTELLAS:** Yo no he fingido jamás, señor don Juan, no he fingido.
- DON JUAN:** ¿Qué es lo que ha pasado aquí, Centellas? O juro a Dios que os demostraré a vos que no hay quien me burle a mí.
- CENTELLAS:** Pues ya que os formalizáis, don Juan, sabed que sospecho que vos la burla habéis hecho de mí.
- DON JUAN:** ¡Me insultáis!
- CENTELLAS:** Yo he perdido aquí del todo los sentidos, sin exceso de ninguna especie, y eso lo entiendo yo de este modo.
- DON JUAN:** A ver, decídmelo pues.
- CENTELLAS:** Vos habéis compuesto en vino

semejante desatino
para burlarme después.
Si es broma, puede pasar,
mas a ese extremo llevada,
ni puede probarme nada,
ni os la he de tolerar.

DON JUAN:

¡Mentís!

CENTELLAS:

Vos.

DON JUAN:

Vos, capitán.

CENTELLAS:

Esa palabra, don Juan...

DON JUAN:

La he dicho de corazón.

CENTELLAS:

Mentís vos.

DON JUAN:

Poned a tasa
vuestra furia y vamos fuera,
no piense después cualquiera
que os asesiné en mi casa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO. MISERICORDIA DE DIOS Y APOTEOSIS DE AMOR

ESCENA I

(Panteón de la familia Tenorio.)

DON JUAN:

Culpa mía no fue: delirio insano
me enajenó la mente acalorada
¡Necesitaba víctimas mi mano,
que inmolar a mi fe desesperada!
¡Oh! Arrebatado el corazón me siento
Por vértigo infernal... Mi alma perdida
va cruzando el desierto de la vida
cual hoja seca que arrebatara el viento.

jamás mi orgullo concibió que hubiere
nada más que el valor... Que se aniquila.
El alma con el cuerpo cuando muere
creí... mas hoy mi corazón vacila.
La efigie de esa tumba me ha invitado
a venir a buscar prueba más cierta
de la verdad en que dudé obstinado...
Heme aquí, pues: Comendador, despierta.

(Aparece don Gonzalo.)

DON GONZALO: Aquí me tienes, don Juan,
y he aquí que vienen conmigo
los que tu eterno castigo
de Dios reclamando están.

DON JUAN: ¡Ay de mí!

DON GONZALO: ¿Qué? ¿El corazón
te desmaya?

DON JUAN: No lo sé;
concibo que me engañé:
no son sueños... ¡ellos son!
(Mirando a los espectros.)

Pavor jamás conocido
el alma fiera me asalta,
y aunque el valor no me falta,
me va faltando el sentido.

DON GONZALO: Eso es, don Juan, que se va
concluyendo tu existencia,
y el plazo de tu sentencia
está cumpliéndose ya.

DON JUAN: ¿Qué dices?

DON GONZALO: Lo que hace poco
que doña Inés te avisó,
lo que te he avisado yo,
y lo que olvidaste loco.
Mas el festín que me has dado
debo volverte, y así
llega, don Juan, que yo aquí
cubierto te he preparado.

(Indicándole una mesa que era un panteón.)

DON JUAN: ¿Y qué es lo que ahí me das?

DON GONZALO: Aquí fuego, allí ceniza.

DON JUAN: El cabello se me eriza.

DON GONZALO: Te doy lo que tú serás.
DON JUAN: Ceniza, bien; ¡pero fuego!
DON GONZALO: El de la ira omnipotente
do arderás eternamente
por tu desenfreno ciego.
DON JUAN: ¿Conque hay otra vida más
y otro mundo que el de aquí?
¿Conque es verdad, ¡ay de mí!,
lo que no creí jamás?
¿Y ese reloj?
DON GONZALO: Es la medida
de tu tiempo.
DON JUAN: ¡Expira ya!
DON GONZALO: Sí: en cada grano se va
un instante de tu vida.
DON JUAN: ¡Quiero más vida!
DON GONZALO: Don Juan,
un punto de contrición
da a un alma la salvación,
y ese punto aún te le dan...
DON JUAN: ¡Imposible! ¡En un momento
borrar treinta años malditos
De crímenes y delitos!
¿Y aquel entierro que pasa?
DON GONZALO: Es el tuyo.
DON JUAN: ¡Muerto yo!
DON GONZALO: El Capitán te mató
a la puerta de tu casa.
DON JUAN: ¡Ah! Por doquiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí
y a la justicia burlé,
y emponzoñé cuanto vi.
Mas ¡ah! estáis todavía
con quietud tan pertinaz!
Dejadme morir en paz
a solas con mi agonía.
Mas con esa horrenda calma,
¿qué me auguráis, sombras fieras?
¿Qué esperáis de mí?
DON GONZALO: Que mueras,
para llevarse tu alma.
Y adiós, don Juan; ya tu vida

toca a su fin, y pues vano
todo fue, dame la mano
en señal de despedida.

DON JUAN:

Toma, pues.

DON GONZALO:

Ahora, don Juan,
pues desperdicias también
el momento que te dan,
conmigo al infierno ven.

DON JUAN:

¡Aparta, piedra fingida!
Suelta, suéltame esa mano,
que aun queda el último grano
en el reloj de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
que un punto de contrición
da a un alma la salvación
de toda una eternidad,
yo, Santo Dios, creo en Ti;
si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!

DON GONZALO:

Ya es tarde.

(Aparece doña Inés.)

DOÑA INÉS:

¡No! Heme ya aquí,
don Juan; mi mano asegura
esta mano que a la altura
tendió tu contrito afán,
y Dios perdona a don Juan
al pie de mi sepultura.

DON JUAN:

¡Dios clemente! ¡Doña Inés!

DOÑA INÉS:

Yo mi alma he dado por ti,
y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.
Misterio es que en comprensión
no cabe de criatura,
y sólo en vida más pura
los justos comprenderán
que el amor salvó a don Juan
al pie de la sepultura.

DON JUAN:

¡Inés de mi corazón!

DOÑA INÉS:

Cesad, cantos funerales;
callad, mortuorias campanas;

ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales;
volved a los pedestales,
animadas esculturas;
y las celestes venturas
en que los justos están
empiecen para don Juan
en las mismas sepulturas.

DON JUAN:

Clemente Dios, ¡gloria a Ti!
Mañana a los sevillanos
aterrará el creer que a manos
de mis víctimas caí.
Mas es justo; quede aquí,
al universo notorio,
que pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia,
El Dios de don Juan Tenorio.

(Cae don Juan a los pies de doña Inés, y mueren ambos.)

FIN

HAZ TEATRING 2019-2020

CENICIENTA SOLO QUIERE BAILAR

Educación Infantil, Primer y Segundo Curso de Primaria

PUSS IN BOOTS *(In English)*

Educación Infantil, Primer y Segundo Curso de Primaria

EL ÚLTIMO BAOBAB

Tercer a Sexto Curso de Primaria, Primer y Segundo Curso de E.S.O.

EL DIARIO DE ANNA FRANK

Quinto y Sexto de Primaria, E.S.O.

TREASURE ISLAND *(In English)*

Tercer a Sexto Curso de Primaria, Primer y Segundo Curso de E.S.O.

ESCAPE ROOM *(In English)*

Tercer a Sexto Curso de Primaria, Primer y Segundo Curso de E.S.O.

SHAKESPEARE RETURNS *(In English)*

E.S.O., Bachillerato y Ciclos Formativos de Grado Medio

DON JUAN TENORIO

E.S.O., Bachillerato y Ciclos Formativos de Grado Medio

LA CASA DE BERNARDA ALBA

E.S.O., Bachillerato y Ciclos Formativos de Grado Medio

LE COEUR DE L'AVIATEUR *(En Français)*

Tercero y Cuarto de E.S.O. y Bachillerato y Ciclos Formativos de Grado Medio

LE PETIT PRINCE *(En Français)*

Tercer a Sexto de Primaria y Primer y Segundo Curso de E.S.O.



recursos

